

Silvia Camuña

CLADEMIRA Y EL VUELO



CLADEMIRA Y EL VUELO

Camuña, Silvia

Clademira y el vuelo. - 1a ed. - Tucumán : CuliQuitaca Ediciones, 2013.
110 p. ; 14x20 cm.

ISBN 978-987-29751-1-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 19/07/2013

CuliQuitaca Ediciones

E-mail: culiQuitacaediciones@gmail.com

FB: CuliQuitaca Contenidos

Teléfono de contacto: (0381) 154-445-669

© **CuliQuitaca Ediciones**

Imagen de tapa: Leandro Muro

leandromuro.6@gmail.com

Ilustraciones: Mauro Gatti

elmaurogatti@gmail.com

Edición digital y Diseño Gráfico: Camilo Ramos Gatti

camilorg@tucbbs.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Prólogo

En CLADEMIRA Y EL VUELO se divisa la transmutación de experiencias personales; de relatos oídos en- garzados en la historia central; la transmutación del len- guaje, de la palabra.

La escritura es delineada como un acto de rebeldía, de defensa, de autoprotección, un ritual contra la muerte. “Escribo para no morir” dice Clademira.

Los breves textos elegidos incorporan diversas vo- ces, recuperan la oralidad dispersa, difusa, de historias es- cuchadas por ahí. Alguien narró en algún momento y el fragmento brotó en la concavidad de la escritura literaria.

En RELATO EN SON PARA MALA la transmuta- ción del lenguaje se profundiza, las palabras tienen formas y colores, se saborean y se huelen, se palpan. Aquí emergen con fuerza los mandatos sociales y familiares sobre la mujer, y la elección personal de transgredirlos.

En los dos textos se construye una narrativa que convoca a desentrañar los caminos, muchas veces tortuo- sos, que conducen a la búsqueda de la felicidad.

Prof. Viviana Rodríguez

“CLADEMIRA Y EL VUELO”

Por Silvia Camuña

*Se parte porque el deseo
(que es la forma que adopta el amor)
es una pregunta cuya
respuesta no existe*

Cernuda

Quiero historias que se levanten del papel y echen a andar por todos los caminos,

pensó Clademira esa mañana en que anotó “escribo para no morir”, y sin saber tomó del lenguaje su milagro fundante mientras su marido se hurgaba las muelas tendido en la cama. Desde entonces cada día anotó una historia para olvidar el chasquido de la lengua de Ferdinando contra sus encías, entre otras cosas que la hacían sufrir. Así como su marido era médico, ella era ama de casa, no escritora, por eso al principio le costaron las palabras de tinta. Al amanecer se sentaba a la luz de la lámpara en actitud escritista y se le agolpaba la visión bíblica de un cordero a otra de un fuerte leñador de camisa bruna.

Fuerza, Clademira
se alentaba,
esto no debe fallar.

Ponía esmero y tallaba en su mente ficciones que nada tenían que ver con las historias que buscaba: corceles enhiestos con damas de capelina, personajes de Louisa May



Alcott entre niños de blanca ropa que acababan en el lodo. Ferdinando al principio la interrogaba con asombro sobre esa nueva manía de los madrugones,

cartas

contestaba ella. No valía la pena explicarle, él no sabía nada de arte, nada sobre nombrar una cosa con diferentes nombres. Ella iba a intentarlo: crear en su imaginación amantes suspicaces en aldeas de cornisas soleadas. Él, además de no saber, era su marido y no el hombre al que amaba. Al que amaba se lo había llevado la brisa, y no era un decir, había ocurrido efectivamente así: a su camioneta naranja le habían nacido alas negras y se había perdido en la ventolera de un verano.

Su amor era un señor de zapatillas, maneras extrañas y de nobleza de ángel. Se habían conocido en el taller de imaginería religiosa que él había dictado en la municipalidad, y el sólo recordarlo la hacía desfallecer. Por eso decidió comenzar a escribir para olvidar que a ese fundamental principio le había seguido aquel final y ese estado incierto en el que se encontraba. Intentaría cada día una historia para darse vida, trabajo minucioso el de tallar el alimento para el alma.

Cataplasmas para el dolor, Clademira
se pedía
y se ensoñaba al amanecer.

Historia N° 1

Isabela había perdido para siempre la casa de los espejos. La gran casa había pertenecido a su familia que venida a menos económicamente tuvo que venderla cuando ella cumplió los trece. ¡Cuántos años aferrada a sus rincones!, a sus ladrillos encendiendo linternas chinas para jugar y ver el reflejo en las vitrinas de los muebles de la abuela.

Nunca elaboró esa pérdida. Cuando se mudaron regresó a esa casa en repetidos sueños, en viajes astrales. Sus ojos se hicieron saltones, comió y comió hasta volverse obesa y pálida, el negro cabello le cubrió la espalda y nunca pudo volver a mirarse en un espejo de cuerpo entero.

La segunda mañana Clademira pensó en el amor pero se contuvo de escribir algo acerca de su propia historia, de ese amor insípido a los ojos de los otros pero con raíz de roble para ella. Tragó lágrimas que imaginó lilas, un lujo ese

dolor de hilos de plata, de redecilla quemante que coincidía río a río con el mapa de sus almas. Nunca nadie había prejuzgado su amistad con Floreal (ese era su nombre), ni ella misma hasta que se tomaron de la mano por primera vez en un concierto de piano, en la oscuridad tibia del teatro. Con la inocencia de una redención, dejaron correr el dolor de toda una vida hasta que se limpió y fluyó la sangre rosa del amor santo.

De palo santo
pensó Clademira
debió de tener el sexo que nunca me dio.

Palo de rosa la piel de Floreal, opalina, trigueña, de verde luz. La segunda mañana antes de escribir, lloró.

Historia N° 2

En una ciudad del sur tucumano vive la reina de la belleza que coronó Eva Perón en Buenos Aires. Dicen que la niña, de catorce años cumplidos en ese entonces, no usaba una gota de maquillaje sobre su rostro de flor. La señora Duarte la solicitaba a su lado en cuanto reunión hacía y ponía a plena

disposición los autos del gobierno y todo lo que a la niña se le antojara. Regresó a la provincia fastidiada de la atención de la primera dama, desfiló gloriosa en su pueblo natal y luego se hundió en la vida común.

Hoy sufre un dolor incurable por un nervio mal enhebrado en una operación. La reina de la belleza se encoge y se le ve la puntada en la pupila azul.

A medida que practicaba, las historias querían acomodarse, y Clademira lograba mejorar su estado. Tenía la impresión que le quedaba mucho por decir, y que nada acabaría aún. Lo mismo había hecho la última condenada en “Las mil y una noches”, pero Clademira, a diferencia de ella, narraba en soledad y los siete velos se los iba sacando del corazón.

¿Qué te dará él?

Había indagado su madre en la galería de la casa de su infancia. Clademira había quedado de piedra enfundada en su vestido rosa, en medio del atardecer que le traslució todos sus sentimientos, hasta los de su pálida matriz. “La madre todo lo cubre y todo lo descubre” se leía sobre uno de los azulejos de la cocina, donde una gallina sonreía triunfal con los polluelos bajo las alas. Era así.



¿Qué te dará él?

Ferdinando te quiere, y si no lo querés tanto, tenés que pagar el techo y el pan, hija; además, el secreto de todo en esta vida es querer a quien te quiere y no complicaciones.

Con el tiempo su madre se volvió sorda y algo olvidadiza, entonces fue cuando aprovechó para reunirse allí en las tardes con Floreal a declamar “La bella Eulalia” en el jardín mientras Ferdinando atendía en su consultorio a las damas de la región.

Antes de escribir la tercera historia creyó no poder sobrevivir a la nostalgia que le venía desde abajo de la tumba. El sentimiento por Floreal tenía tan poco que ver con la practicidad de su matrimonio, le nacía de la cuna, había crecido con su esencia aquel amor trasuntado en vuelo. A veces se preguntaba si había amado tanto por no tener más que hacer, pero los cimbronazos de la ausencia le hacían saber que no. Floreal había sido amado sin elección, ella había sido impulsada por fuerzas invisibles una tarde y el sentimiento se le reveló a los gritos adentro del ser.

Historia N° 3

Una tarde en que el hermano de Judith no la llevó a competir por dinero en la carrera de triciclos, ella cruzó la plaza hacia la gran casona de su amiga. La hicieron pasar y como Zulma estaba bañándose, la curiosidad y el descuido de la criada la condujeron escaleras arriba.

En la habitación de la torre se topó con un ser deforme (como en las novelas) ¿Había sido una niña eso que permanecía encadenado a un poste?, ¿eran aquellos los rasgos de Zulma confundidos con los rasgos orientales de un down? Era la hermana sin dudas, hija del mismo padre médico, abandonada entre sus babas, sus orines y sus gritos.

Nadie olvidó en aquella casa el grito de Judith, que como una loca buscó la calle y no regresó nunca más.

Luego de escribir la tercera historia, llegó a manos de Clademira un libro de Eduardo Galeano. Se sintió sorprendida en su intento de narrar, a alguien ya se le habían ocurrido pequeñas historias, con la diferencia que este señor era más famoso que ella, y por diferentes causas. Se planteó, sin embargo, con algo de inocencia, que su propósito la distinguía entre todos los escritores: ella escribía para no



sucumbir.

Yo escribo para no morir,
se repitió como el primer
día y corrió a abrazar el cuadro que Floreal había pintado
para ella.

Historia N° 4

Elena cargó siempre con el mote y el chisme de haber sido amante de uno de sus alumnos. Profesora de inglés, sólo se había enamorado de uno, por cierto, pero del nivel terciario y de su misma edad. Había quedado embarazada sin conocer la historia paralela que su amor vivía. Él se casó con su novia oficial y nunca reconoció a ese hijo como suyo.

Una tarde, luego de diez años, Elena intentó por segunda vez en su vida fijarse en un hombre (la desilusión y el amor también la habían hecho desistir). Clavó la vista en ese señor que el azar cruzó en su ruta en un auto desconocido a la salida del instituto. Al querer sonreírle se dio cuenta que era su ex alumno del terciario, algo canoso, el padre de su hijo.

Clademira escribía en un cuaderno Rivadavia de hojas gruesas a los treinta y ocho años de edad. Esos

escritos eran como la borra del café, sólo así podría predecir su futuro, viéndolo lo que había quedado asentado. Afuera, en el patio, la lona del toldo daba aletazos y desparramaba la carbonilla que la zafra no paraba de echarles encima. Su mundo se había reducido al recuerdo de Floreal, de su duende (como también le gustaba llamarlo), recuerdo cada vez más precipitado y decantado. Por su parte, Ferdinando casi había olvidado a su mujer en la sombra de la casa; sólo requería su cintura, su sexo, la había dividido con un hilo de plata y del ombligo hacia arriba ya no le importaba.

Historia Nº 5

A aquel muchacho lo perdió su belleza. Desde chico lo habían llamado “el macho cansino”, y así debió andar de tanto hacerle favores carnales a la gente. Murió en su ley asesinado por la pasión de una mujer que después de balearlo se suicidó.

La esposa, que le había dedicado su vida desde tiempos de la secundaria y había padecido infinitud de traiciones, sólo atinó a pasearse por las vías del tren con una corona de azahares secos en la cabeza.

El pueblo sureño lloró escondidas lágrimas por el macho. Todos los que habían tocado su piel lo habían amado.

A la sexta mañana, Clademira se sintió atosigada en su propósito. Presentía que el hilo de las frases nunca podría sacarla del sitio en donde se sentía morir.

¡Clademira, templanza!

se ordenó,

¡todas las virtudes, Clademira!,

y cruzó en su mente un campo de rayón. Disfrazada de pupila de colegio religioso mostraba su sexo adulto a la luz y no paraba de reír, por allí había pasado la brusca sal de Ferdinando, nunca el cuerpo de Floreal, y sin embargo lo tenía. El aire en el campo de su desvergüenza era igual al aire verde de interior de botella de aquella tarde en que Floreal se voló, oscilante al principio, en línea recta después, adentro de su camioneta naranja con alas de cascarudo. Ella había intentado seguirlo pero con prisa y angustia sonrió en la ventolera. El vuelo no era para ella, le agitaba la blusa, le enfriaba las axilas, le desparramaba las lágrimas pero no la subía por el aire. Le había quedado de Floreal un cuadro y un Jesusito restaurado que debió entregar en la capilla por su encargo y no lo hizo.

Cuando no lograba ser feliz con el recuerdo, se

consolaba pensando que al menos con sus historias de cada día podía hacer decir a las palabras cuanto ella quería. Eso no siempre había sido posible; recordaba aquellas charlas telefónicas que habían mantenido con Floreal y que ahora la hacían sonreír: diálogos en los que no se decían nada de lo que querían decirse, en los que se enviaban ambiguas y herméticas señales que sólo atizaban la idea de lo imposible. En contra de todo lo dicho por los lugareños, conjeturas sobre el cumplimiento de las profecías, Clademira estaba convencida de que el vuelo de la camioneta naranja, no era un caso más en la lista de las desgracias. Floreal no se había suicidado, él piloteaba su vuelo. Era artista.

Claro que por entonces también se les había cruzado por la cabeza, con pavor, que ellos podrían ser la décima pareja muerta, esa que la bruja Ágata, leyendo las hojas de la coca, vaticinaba como la última de las desgracias para cerrar el ciclo de las maldiciones de la Virgen llorona de la Villanueva, otrora milagrosa, venida a menos con la media docena de ahorcados que pendieron de las vigas y los ventiladores de los pueblos y ciudades sureñas en menos de una quincena desde que comenzó a llorar sangre. La intranquilidad de ambos aumentó cuando los suicidios y las muertes trágicas se detuvieron en el número nueve. Sin

embargo, pudieron desviar la malhechora mano del destino escondiendo su amor en un badajo de silencio y tristeza. Los demás muertos habían buscado la perfección, la similitud, la cópula y el desgarró, es decir la felicidad cortándose la carne con vidrios celestes.

Ambos decidieron permanecer separados aquella noche en que la maldición salió a cumplirse, aunque Clademira sólo asumió esta decisión luego del tembladeral de nervios con que los brazos de Floreal le agujonearon la cintura en el zaguán de su casa:

No podés quedarte aquí.

Fueron las primeras palabras que cambiaron el curso de los acontecimientos. Clademira sintió cómo su crédula impertinencia y su decisión infantil de ir a buscarlo a la medianoche eran sacadas a baldazos. Su llanto no había provocado las caricias de Floreal, sino su alteración nerviosa, reacción que permitiría la vida de ambos:

¡Ya! debe estar sonándome el teléfono, cómo se te ocurre venir aquí,

le decía mientras echaba llave y la empujaba hacia la esquina a

buscar un auto. Ferdinando la había golpeado por negarse a su gusto, y ella había corrido de inmediato a buscar la mano amada de su profesor de arte, creyendo que el drama aceleraría su romance. Pero durmieron esa noche como todas las otras, lejos el uno del otro, distantes sus palmas y sus dedos, sin huellas de lirios el aire. Clademira, ya en la casa materna, pensó si no hubiera sido mejor el rayo, la sangre, el grito lacerado de Ferdinando con los ojos puestos en lo imposible.

Historia N° 6

Rosita Aguja desde niña comía el triple que los demás. La diferencia abismal entre su nombre y su aspecto se hizo más notable en la adolescencia cuando comenzó a participar en los corsos municipales. Siempre se exhibió de tanga diminuta con su presencia bamboleante.

Era infaltable.

Pero alguien la había visto correr por la calle, cerca de la acequia, y le fueron con el chisme a Ferdinando que debió escuchar confusas justificaciones de su mujer:

“Floreal me despierta instintos de madre”,
o
“las afinidades en el arte me hacen olvidar mi maternidad frustrada”,
o hasta actos fallidos del tipo:

“no pienso en nadie, Floreal”.

Cuando él se llamaba Ferdinando.

De vez en cuando practicó inquisitivas celosas como marido para hacerse ver y oír, haciendo jurar a Clademira que no, que no había otro. Nadie comprendía ese amor, ni ella misma lograba descifrarlo en fórmulas comunes, pero la atracción, o como se llame, le hacía arder las plantas de los pies adentro de las sandalias blancas cuando salía a encontrarse con Floreal. Él se encargó varias veces de aquietar esos entusiasmos, con sufrimiento desmedido cerraba su puerta para ella, diciéndose a sí mismo cuánto amaba a esa mujer a pesar de que él siempre había tenido preferencia por los muchachos.

Sin embargo, tuvieron su primer beso. Clademira, luego de ese episodio, comenzó a arañar la vidriera de lo

imposible, se santiguó al llegar a su casa por el roce de pétalos que había sentido: su aliento bendecido en otro aliento. Desde aquella audacia no se buscaron por un tiempo, hasta que volvieron a sentirse valerosos y reanudaron las lecturas en el patio de la casa materna, deteniéndose de vez en vez a consagrar el sentimiento con miradas bajas que a Floreal lo hacían sudar y sentir pudores de niño descubierto. Ella, en cambio, acometía con desparpajo de campesina, se le sentaba en las piernas, lo tomaba de las manos, lo abrazaba antes de cada partida. Hasta que se instauró un tipo de abrazo con que él le correspondía a todas aquellas demostraciones de cariño: en un acodo, el ángulo de los brazos de ella coincidía con los antebrazos de él. La retenía por unos segundos en un contacto discreto pero lleno de alegría. Era un reencuentro con la mitad perdida, pensaba Clademira, y se daba al roce de las almas, ya que al de los cuerpos él le rehuía. Los demás no pudieron permanecer ajenos por mucho tiempo a los destellos de uniformidad y milagro que despedían en cada saludo. Ante los desorbitados ojos de su mujer, Ferdinando sufría rabietas adolescentes, sin darse cuenta que ya nada apagaría el fuego de linterna que se le avistaba en la entraña.

Historia N° 7

La Lamia salía a barrer la vereda y los niños se escondían en las faldas de sus madres (que habían tenido mejor suerte en eso de casarse).

La Lamia nunca se quitó de encima el vestido de novia desde aquel día nefasto en que la plantaron en el altar. Esa mañana de junio esperó sin bajarse del auto la llegada de su futuro marido hasta que el cura, con cara de circunstancias, salió a mirar. Entonces ella entró en la Iglesia y vio el desastre de su infelicidad, la cara inolvidable de la gente ante una novia plantada. Miró a uno por uno, la alfombra roja y afuera el sol. No lloró. Pero desde ese día no se sacó más el vestido. Supo desde esa mañana que jamás podría olvidar ni el amor ni la vergüenza. Cada vez que la gente la cruzara en la calle la señalaría. Por eso eligió señalarlos ella, acusadora y loca, con su pelo desgreñado y su tul amarillento.

Clademira recordaba durante el día los sueños de aquella vez, y recordaba también a su madre que explicaba los sentimientos con certeza matemática.

Una cree que está

enamorada cuando anda mal con el marido, eso es lo que te pasa, hija, fantaseás y cualquiera es el elegido.

¿Cómo explicarle a una madre nada tonta que ella sólo quería vivir para que alguna vez Floreal la esculpiera descalza y semidesnuda, cruzada de piernas en un alero celeste? Vivía con sed de luz, de la que bajaba por los ojos de Floreal, quería esa luz en sus axilas, en sus pliegues más diminutos, en sus dedos y falanges, extendida por su vientre, quería ser la piedra de su deseo, ¿acaso no eran las afinidades las que movían los engranajes? Floreal esculpía, en cambio, sempiternos modelos masculinos.

Clademira sufrió, calló, subió y bajó por su llanto tensándose las cuerdas en un grito mudo hasta que comprendió que aquel amor suyo no cabía en el género humano, era espeluznante. De blusa naranja y cabello al viento, recordaba a Floreal con sombrero en el jardín. Se tocaba las primeras arrugas en los párpados morenos y del sexo le salía un palpito de luz, ¿quién podía conocer la dicha que ella sí? Había soñado la cópula, con estruendo de tren él se le había metido entre las piernas. Ella había reído hasta encenderse.

Los que conocían de cerca a Clademira, ya no buscaron desencantarla con explicaciones del tipo meteorológico



acerca de la muerte de su amigo,
desaparición
corregía ella,
negándose a aceptar y ni siquiera a escuchar que aquella
tarde en que Floreal emigró al aire y al azul, se había
pronosticado un tornado en el sur de la provincia para las
siete. Nadie se explicaba cómo a ella no se la había llevado
también el tornado. Aquella vez su madre sin atender a la
congoja de la hija se había despachado con un
“las cosas no
pasan porque sí, sino porque tienen que pasar“.

Clademira se cubría la desnudez, nada que Floreal
no hubiera visto o tocado de su cuerpo existía, eran sólo
membranas, viscosidades latentes: el sexo, el ombligo,
los pechos abundantes. Estaba más hecha de aire que de
color, sobre la frente tenía manchas de luz, y las manos
transparentes desde ese atardecer que hilaron el aire entre
sus dedos; tenía de aire los antebrazos y la boca por aquello
que había sido mucho más que el comienzo de un beso,
había sido un giro de llave que había abierto el pavor, el
infierno del niño de adentro de ambos. El amor los había
vuelto niños malos en júbilo metiendo las manos en el heno

hasta clavarse mil agujas. Clademira estaba manchada de aire, sobre todo en los ojos por los que el viento pasaba como por una ventana abierta. No había remedio, y la ausencia le habitaba el tiempo, no hacía más que mirar a lo lejos y encontrar la propia alma sujeta a un mástil de hueso. Destinada a presentir la vida se moría, a no ser por aquellas palabras que intentaba día a día en su escritorio mientras Ferdinando exploraba sus muelas con chasquidos de lengua. Ella había vivido aquellos dos años con Floreal con la paciencia de las santas, repitiéndose con una sonrisa lo que una vez había oído decir a su mucama:

“que haiga mientras dure”.

Clademira ardía de certeza.

Se preguntaba a cada momento del día qué había sido de él. Estaba inmersa en un mundo de locura, pensaban los demás.

Podría dejar de joder con tantas cartas,
mascullaba
su marido que la veía sucumbir en el extravío, ese extravío que

hacía cada uno de sus actos más inocentes y más obvios sus sentimientos. Clademira se clareaba año a año en su propia verdad, el rotundo sentimiento le había purgado el cuerpo hasta traérselo de vuelta con sol. El pueblo entero sospechó en esa mujer elegantísima que se paseaba al anochecer bajo los neones a la enamorada del maricón que el tornado se había llevado entre otras tragedias que ese año ocurrieron en Tucumán gracias a la mala suerte traída por la Corriente del Niño y la Virgencita de la Villanueva. Clademira, que no había sido una mujer casada que se precie como tal, tenía desorientada la maledicencia de la gente, pues no hallaban esta vez dónde señalar el adulterio.

Historia N° 8

Pepe Fabio se reía de su aventura. De rostro exótico, parecido a Keanu Reeves en la película “El pequeño Buda”, se arrastraba en sus muletas con su cuerpo mutilado.

Sus amigos lo acompañaban siempre. –Pensar -les dijo una noche que nadie olvidaría-, ustedes viven en tren de joda, a mí, en cambio, por andar de joda me agarró un tren.

Eso había ocurrido hacía dieciséis años cuando jugaban a los vaqueros y saltó a destiempo de las vías.

Floreal, como hijo no deseado, tomó sólo del vientre el alimento y jugó con el silencio y con la turbia oscuridad hasta teñirse de ellos. Nació moreno entre hermanos rubios. Clademira, que no sabía de eso, de salvarse sola y como sea, comenzó a desearlo para poner fin a su tedio, pero se estaba quieta por vergüenza, ya que Floreal no la correspondía. Luego de aquella cena juntos que acabó en retozo, él se explicó diciéndole con sabiduría curadora:

yo no sé cuál es la puerta por la que se sale de la homosexualidad, o si esa puerta existe.

Ella estaba teñida de él. Ambos en la alfombra del cuarto de Floreal buscaron una comodidad de matrimonio en las vueltas de los cuerpos sin lograr más que una cercanía forzada y sin destellos.

Amo tu cuerpo también,

pensó Clademira sin atreverse a correr los velos de la virgen que él era. Se quedó niña y se cruzaron de piernas atrapando el vuelo de las ideas con la red de celofán verde que usaban en los estadios del sueño. Podían estar horas ardiendo, donde fuera, no se consumían

jamás el uno en el otro, vivos fuegos removían el té,

amor es también bar caluroso con moscas,

pensaba Clademira. O vals en fin de fiesta. O libro. O calle.

Historia N° 9

Clavel aquella vez, como siempre, se llevó el mundo por delante. Se fue sola de vacaciones, a dedo, y conoció en los cerros a aquel muchacho agrimensor que una tarde le puso dos margaritas en los pechos y le hizo el amor. Ella sonrió entonces. Después no. Estaba embarazada, a él no lo vería más.

Se asustó y accedió a la inyección de sales. El médico nunca le advirtió que de la clínica se retiraba aún con el hijo adentro. Lo supo cuando fue al baño y el feto cayó de entre sus piernas. -Almita -musitó Clavel al contar que tenía cinco dedos como ella. Ahogó su grito porque sus padres dormían, y meciéndolo en una muerta canción de cuna lo levantó en sus palmas. Lo llevó a enterrar en el cantero de la entrada, allí donde su madre cultivaba helechos.

Su madre siempre había querido más a las plantas que a su Clavel del viento.

Clademira no podía entender hasta la fecha cómo es que le había ocurrido eso de enamorarse. Había sido aquel ser que le repugnó por su amaneramiento sutil el primer día del taller de imaginería, a quien le tocaría amar. Se habían necesitado tanto, desde siempre, y hasta ese momento no se habían tenido nunca. Clademira se sintió acompañada después de años de soledad.

No me faltes
le pidió ella un día, recostada sobre su pecho,
podés quedarte aquí

le respondió él, y se habitaron casa y pan, manta, escondite donde la luna se mete a iluminar los gatos del destierro.

¿Debería haberse mudado a casa de Floreal? Pero él nunca se lo había pedido, habló sólo de una casita lejana que ella imaginó en la punta del cerro; habló de un hijo y luego eso había muerto, luego de la emoción la nada y adentro bullendo la inquietud. Era distinto tocar a alguien después de haber comulgado su alma, de haberla sentido en los poros, en el escondrijo, en la piedra libre. Era acabar el incendio o comenzarlo, nunca lo supo, ¡lo que hubiera sido un hijo con Floreal! A ella la vida no se le había ofrecido

con esos milagros. ¿Por qué pensaba en términos religiosos? Corrió una mariposa de la luz y siguió pensando, al menos pensar era una manera de vivir aquello: “casita lejana”, “si no fueras casada”, “comenzamos algo que no sé qué es”... palabras, palabras que hacían salir luceros de debajo de la falda. El llanto la atacaría de nuevo, así acababa el recuerdo cuando no en sonrisa. Hurgaba en su alma destapada:

casita, casita,
buscaba, y salía un corpiño negro, un gorrión azul y la casita no estaba. Acaso era ella, era ella, había sido ella, y se echaba entonces la culpa volteando los vasos y las copas de las estanterías, llorando la bronca del vacío. Ella no había llevado el milagro más allá, tendría que haber sido ella porque Floreal era en eso de ser un hombre, un niño.

Hubiera crecido,
se lamentaba,
si me quería, hubiera crecido,

O visto el lado de la pared que nunca vio, o el sol rajando la celosía.

Historia N° 10

Ana dejó al hijo menor en la escuela y pensó en el largo trayecto del ómnibus hasta su casa. No andaba nada bien con su marido (a causa de una infidelidad de él) y necesitaba saber que alguien más la había amado. El número de teléfono lo tenía ya en la cartera. Bajó en la avenida, caminó de prisa hacia la casa, abrió la puerta y, a poco de extender la mano hacia el teléfono, oyó a su hermana por detrás suyo: -Acaban de decir en la televisión que falleció el Nene Soria. -Ana colgó el tubo. El Nene había sido ese amor de adolescencia al que después de veinticinco años, tenía pensado llamar.

Quando estaba junto a Floreal ambos pensaban en lo mismo. Esa conexión nunca había dejado de asombrarlos, se topaban con las mismas palabras al mismo tiempo, o se decían en ilustrativos actos los pensamientos que cada uno había maquinado. Les causaba risa o temor sumergirse en la misma fuente. Era esa conexión la que no le permitía a Clademira llorar su muerte, porque no lo sentía muerto, lloraba sólo la interrupción, la ausencia, pero no en términos definitivos. Si se produjo un tornado justo ese día, mientras



paseaban, fue por coincidencia. Quizá Floreal había buscado el suicidio de ese amor por no poder consumarlo. En los días anteriores al tornado ella estuvo inquieta, un poco lasciva. A Floreal se le tensaron las cuerdas hasta verse disparado. Virgen impoluta desapareció en la tarde para cuidar su himen de terciopelo (que en el miedo lo llevaba). Jamás podría. Las mujeres se parecían, después de darle una vuelta al asunto, eran iguales a su detestada madre.

Historia N° 11

Esa mañana de viernes, como todos los días, Delfín asistió a misa de ocho. Mientras esperaba el mediodía, recorrió la plaza ofreciendo revistas religiosas al público. Cuando sintió el sol de verano caer directo en su cabeza, se alistó para el encuentro con las niñas del colegio; se prendió el traje caqui, y se dispuso a cruzarlas en sentido contrario para oler y sentir otra vez, con discreción, sus cuerpos.

-Allá va Delfín- comentaba el cura-, a cumplir con su diaria concupiscencia.

Fue un día viernes también que murió golpeado por unos muchachotes. Un derrame lo condujo a la tumba. Para la vida que llevó, su muerte no fue piadosa.

Clademira vivía fuera de sí. Los días pasaban y apenas si tocaban su cabeza, eran la música de su tarde; estaba tan atrás que si contradiciendo toda lógica, Floreal vivo la llamara por teléfono

no podría reconocerlo

se decía a ella misma. En realidad esperaba ese atisbo de vida, era consciente, de rígida racionalidad, pero igual descolgaba el cuadro que Floreal le había pintado, lo miraba, lo mecía en sus brazos para sentir si le provocaba algo tangible; pero no. Lo descolgaba a cualquier hora del día sin pensar que Ferdinando podía observarla. El marido, ante las dudas que lo asaltaban, no pedía explicaciones:

total está muerto

se decía,

y además, ¿qué iba a hacer con aquel marica?

Aunque alguna vez supo preguntarse si no serían tan sólo maneras. Siempre le había afligido, y en vano, la infidelidad del cuerpo, el adulterio, pero no lograba concebir el alma de Clademira volcada en la pendiente de un nombre

que no fuera el suyo. Hasta que una tarde la sorprendió balanceándose con el cuadro contra el pecho como quien acuna un niño,

¡Clademira!

había sentido ganas de gritar, asolándola en el descubrimiento, pero se quedó contemplando la verdad a la luz del atardecer que atravesaba el vitraux. Clademira apagándose, enloqueciéndose, así lo entendió, por eso calló entonces y las veces siguientes que vio a su esposa acunando las obras del marica. Estaba apagándose su razón, creciendo la raíz de la sombra por sus largas piernas; él no llegaba hasta la dulzura de Clademira, ni a su silencio. No le interesaba más que el deseo corto subiéndole la falda, la desnudez que despertaba el hipo de la muerte.

Historia N° 12

René nunca se explicó que un pensamiento tan superficial como: “¿Qué me pongo esta noche para salir?”, pudo anestesiar su mano al punto de no percibir que por la boca de la picadora no salía la carne del cuadril sino la carne de sus cuatro dedos.

Luego de diez años, sus amigos todavía insistían con el chiste: “¿No necesitás que te dé una mano?”

Sólo le queda el pulgar y el muñón siempre vendado por una cuestión de estética.

“¡René es un loco que no puede ser!”

Esperar sin esperar, acariciando el lomo celeste de un recuerdo, dos recuerdos, tres recuerdos, esos que pasan por la garganta en ventiluz y encienden los ojos. Clademira había hecho de Donosa en los bailes del colegio, y su piel mestiza desde la adolescencia rajaba la luz con su color. Era toda seducción desde el gesto de la boca fina hasta el talle pequeño insinuado tras de los vestidos color malva, tono adecuado para atenuar el deleite que su cuerpo prometía a primera vista. En su juventud le propusieron posar para Playboy, y rechazó la oferta para ahorrarse la expresión de Ferdinando al encontrar desnuda a su mujer en una de sus revistas preferidas.

Se le pasaba la vida escribiendo sus historias y esperando sin esperar el remolino que le trajera a su duende de regreso. Estaba aprendiendo a no sufrir, a no descompagnar con llanto la alegría de permanecer quieta contra la plenitud, dormida en el arrebol cuando Floreal la sostenía contra su pecho. Ella se había zurcido allí las

medias de la desolación, se hizo querer, siempre tratando de no molestar, de no importunar, de no asaltar el pudor masculino de Floreal, que sin embargo una noche, pese a todos esos recaudos, la había dejado llorando al otro lado del teléfono:

podés venir si querés, pero no voy a estar todo el tiempo a tu lado, y me voy a disfrazar de mujer para la fiesta, que es lo más fácil y lo más adecuado para mí.

Aquella vez la casita mencionada el día anterior, yació manchada de rouge y semen. Clademira lloró llantos de bencina, y se quedó en su casa con el disfraz puesto, un disfraz rojo de cortesana que encendía su persona con destellos de vulva, de fruta dulce. Era una exageración toda ella, su color, su dolor, su llanto que mojó el ruedo de los santos. Esa noche, mientras no lo tenía, quiso matarlo, darlo vuelta como un guante, mordisquear su sexo hasta el canto de la nada, no entendió más y se revolcó en las aristas, en la mugre,

tumba, tumba

pidió y corrió por la furia sin escanciar.

Te estuve esperando, ¿por qué no fuiste?

Le preguntó Floreal al día siguiente, ¿cómo?, ¿cómo podía avanzar por el riel hervido y triturado? Clademira aquella vez se agotó, trató de regresar al redil, a los chasquidos de lengua de Ferdinando, pero no, el soplo le llegaba desde atrás:

¡templanza!

rogó y lo buscó

para estrecharlo como única petición.

Historia N° 13

Don Tarquino envejeció antes de tiempo, se hizo pequeño y su piel de pasa de uva. Su consciencia le carcomió los huesos, la carne. Todo el pueblo sabía la historia de su hija muerta en las vías: el auto se detuvo cuando el tren aún estaba lejos. La muchacha no había salvado su vida por salvar el auto del padre.

–Si le pasa algo al auto, te mato- le dijo aquella siesta antes de prestárselo. De un modo u otro iba a ser.

Poco a poco Clademira cayó en la cuenta de que las historias blanqueaban su dolor, hasta olvidar el roce de tanto hombre en su cuerpo. Lo que había sido se teñía de

adiós, menos Floreal, él estaba allí de rostro sorpresivo, de rostro aseverante, de rostro en carcajada,

¡Floreal!

lo llamaba y él cambiaba de pose en el recuerdo según avanzaba la mañana. Recuperaba lo cotidiano de su amor, ese no saber qué hacer con él, ese amor para nada. La catorceava mañana Clademira se aferró a ella misma y logró subir sus pies a dos centímetros del mundo, cruzó cintas rosas en su cuerpo y mirándose en el espejo sonrió:

Va a volver

supo esa mañana. Estaba lista. Tenía el peso justo, el que debía tener.

Historia N° 14

Roberto cruzaba el país en tren para visitar a su novia y a veces regresaba a su ciudad del norte con tan poco dinero que sólo comía un turrón de maní hasta arribar. Sin quejas estaba viviendo su gran historia de amor, la historia a la que él mismo puso fin por piedad, cuando supo de boca de su

novia que estaba enferma del corazón, condenada a no ser madre, a no amar su cuerpo varonil.

Cuando ella, retorcida de dolor, le pidió que no terminaran la relación, le contestó: –No, es por tu bien- y se retiró.

Roberto nunca supo que la misma piedad con que quiso salvarla, la mató.

Está resignada

Pensó Ferdinando al ver que su mujer se dejaba tocar de nuevo. Contra toda lógica y pronóstico, Clademira comenzó a practicar en él el amor. Mientras estaba con su marido, imaginaba las máscaras rosadas que se pondrían con Floreal, cómo sería besar un cuello, los tintes celestes que él le pintaría al tocar su hombro, o las cintas negras que desplegarían al acariciarse las nuca. Practicaba el color, la paleta con que pintaría el cuerpo y el espanto de Floreal,

no te apresures

le pediría él como antes,
pero ella revisaría el cariño, sacaría los muestrarios:

esta caricia

te va aquí, esta otra te irá bien con esta.

Clademira se preparaba,

cada sonido retumbaba en sus plantas, veía los gorriones saltar y volar en la rama del patio, sentía las manos de Ferdinando cruzar sobre su cabeza antes de tocarla, como las cruzaría ella sobre la cabeza de Floreal. Sentía todo aquello y se le arrumbaba en la lengua, en el tiempo, ¿cómo no sentir la crucifixión de las manos cada atardecer, si ese sentimiento era lo más parecido a Dios? La idea del regreso de Floreal comenzó a rondarla, le hacía señales en los párpados. Inquieta, revisaba su cuaderno en las mañanas y escribía, escribía para no pensar.

Historia Nº 15

Era sabido que el almacén de Cacho iba a fundirse, bastaba ver la cola de los vecinos por las mañanas, que sin preguntarse el motivo de la generosidad, aprovechaban para sacar fiado el almuerzo. Sólo la bruja Ágata sabía la verdad: ella había seguido de cerca el cumplimiento de los nueve vaticinios, seis suicidios y tres asesinatos que le habían pronosticado las hojas de la coca.

Cacho hacía una semana que fiaba, no sólo pan, sino conservas y bebidas. Hacía justo una semana desde que el Cabro, un muchacho del barrio, le había estado suplicando

que le fiara una cerveza. Él se negó una y otra vez. A la hora, el Cabro había sido encontrado colgado del ventilador de techo.

Si sólo pudiera volver allí

pensaba Clademira y sentía que atravesaba en tacos los charcos de los días y se situaba en la habitación de Floreal. Allí quería estar colgada indefinidamente de sus dedos, sin nada para atrás, ni el cabello, ni el dolor.

¿Hemos muerto los que fuimos allí?

Se preguntaba sin entender. ¿Y si Floreal regresaba y ocurría lo de siempre, como cuando dejaban de verse unos días y era difícil encontrar el clima para el hálito y la bondad? No. No después de años. Su templanza era buena señal, se sentaba y los niños de su sueño la venían a visitar, le cosechaban un pájaro, le vendían una flor y echaban a correr. Eran sus niños, todos los que había soñado y que nunca entibiaron su matriz.

¡Clademira!

se escuchó en la tarde y la gente de

la casa, la mucama, el jardinero, corrieron a avisar:

Un señor de zapatillas,

le dijo la mucama, quien no hacía otra cosa que diferenciar entre la elegancia del doctor Ferdinando y los demás.

Historia N° 16

A Ramona le hacían hijos como promesas al resto de las mujeres. A ella le fallaba la cabeza y no sabía decir no, ni sí, ni no sé. Ella sólo sentía crecer los hijos en su interior, ¿cuántos habían sido?, ¿diez?, ¿nueve? Ni siquiera sabía que los niños luego de nacer se crecían. A todos los buscaba en los brazos de otras madres en la vieja Terminal de ómnibus: -¿Ese es de usted?, a mí me lo quitaron, -preguntaba, vigilaba, husmeaba, hasta que la gente se alejaba temerosa.

Todas las veces que había parido en la Maternidad ningún médico la quiso esterilizar.

Clademira creyó que había perdido la razón, que de tanto recuerdo ya no avizoraba el límite cruel y se había pasado a la incongruencia; buscó en los ojos de la mucama el hilo de los hechos, la muchacha no se turbó,

creo que es
ese Floreal
dijo sin fórmulas y del modo más fresco que podía
decirlo, luego de todo lo que había visto sufrir y escuchado
hablar. A Clademira le resonó su propio nombre en la cabeza

¡Creí que nunca iba a volver!
Lloró y se abrazó a
la muchacha que también lloró,
¡vaya,señora!,
la apuró,
¡no sea que el Floreal se le haga humo de nuevo!

Historia N° 17

Cuentan que por esos días de diciembre, Clademira y Floreal se amaron en la penumbra de un hotel, con desafueros y pasiones propios de una película de fugitivos. Eso es lo que eran en realidad. Él había regresado de una muerte probable y con el cabello de otro color a buscarla.

El amor entre la morena chic y el homosexual fue famoso, y más famoso aún lo hizo su final. Cuenta la gente que a poco de volver él, Clademira se voló en un aeróstato publicitario durante un festival de folclore organizado por una AFJP.



Este libro se terminó de imprimir en Tucumán – Argentina,
en el mes de Agosto de 2013